

bra tendida en el suelo, unos gitanos, hombres y mujeres, cantaban, tocaban tamboriles; y en medio de ellos, con una guitarra en la mano, vestido con una blusa de seda roja y un ancho pantalón de terciopelo negro, girando como una peonza, decía Micha á grito pelado:

—¡Vamos, señores; tomaos la molestia de entrar! La representación comenzará sin un solo minuto de tardanza. ¡Habrá *champañ*; vamos, pecho—que salte el tapón deshecho—que vaya á dar en el techo—y que os haga buen provecho!

Por fortuna, no me había visto, y me escabullí á todo escape.

No me extenderé mucho, señores, hablando de la sorpresa que me produjo tal cambio. Pero, en fin; ¿cómo había hecho ese mozo pacífi-

co y reservado, para caer de un tirón en tales excesos de crápula y embriaguez? ¿Existía en él esa locura desde la infancia, y se había manifestado en cuanto desapareció el yugo paterno? En cuanto al bulle-bulle, como él decía, que eso había armado en todo Moscu, no podían caber dudas de ningún linaje. ¡Cuidado si he visto vividores en mi vida! Pero aquí había algo más: una especie de frenesí, de desesperación, una verdadera rabia por destruirse á sí mismo.

III

Ese juego duró dos meses... Y cádate que, cuando menos pensaba, estando en una ventana de mi sa-

lón, como la primera vez, mirando al patio... ¿qué nuevo jeroglífico es ese?... Me veo entrar muy discretamente un fraile novicio, con su sombrero sin alas, echado á las cejas, los cabellos muy repeinados, partidos á derecha é izquierda, sus largos hábitos de estameña, su cinturón de cuero... ¿Si será Micha?... ¿No es posible...! Y, sin embargo, ¡él era!

Me precipité en la escalinata, diciéndole:

—¿Qué significa este disfraz?

—No es un disfraz, mi buen tío—me responde Micha con un profundo suspiro.—Me he comido hasta el último *copeck* de mis bienes, hase apoderado un gran remordimiento de mí, y hē tomado la resolución de profesar en el monasterio de San Sergio para lavar mis pecados por-

que, en último extremo, ya no me queda otro asilo, ¿no es así? Y aquí me tiene V., mi querido tío; vengo á decirle adiós y á pedirle perdón, como el hijo pródigo...

Miré atentamente á Micha. Tenía la misma cara de siempre—que ha conservado invariable hasta el fin—los mismos ojos húmedos, cariñosos y lánguidos, las mismas manitas blancas... ¡y el mismo olor á aguardiente!

—¿Qué quieres que te diga?—le respondí por fin.—Haces bien, puesto que no tienes otra salida. Pero, ¿por qué hueles á aguardiente?

—Es un resto de la antigua levadura—exclamó con una brusca expresión de risa.

Pero se contuvo; y saludando muy bajo y muy recto ante mí, por el estilo de las mujeres, añadió:

—Hágame V. la caridad de alguna cosa para el camino... Voy á pié al convento.

—¿Cuándo partes?

—Hoy, en seguida.

—¿Por qué tanta premura?

—Mi querido tío, siempre tuve por divisa: ¡A escape! ¡A escape!

—Pero, ¿y ahora?...

Siempre lo mismo... Sólo que digo: ¡A escape *hacia el bien!*

Y Micha se marchó, dejándome sumido en reflexiones acerca de las vicisitudes de los humanos destinos.

Pero no tardó en recordarme su existencia.

Dos meses después de su visita recibí una carta suya, la primera de la serie que no había de escasearme en lo sucesivo. Y vean Vds. qué curiosidad: rara vez he visto una

escritura más limpia que la de ese mozo destornillado. También su estilo era muy correcto, ligeramente pomposo.

En estas cartas, las eternas peticiones de socorros alternaban constantemente con las promesas de corregirse, con las palabras de honor y los juramentos. Todo aquello parecía muy sincero, y es muy posible que así fuese.

Su firma iba siempre acompañada de rasgos, puntos y ringorranos muy historiados. Tenía marcada pasión por los signos admirativos.

En aquella primera carta, Micha me ponía al corriente de un «nuevo cambio de su destino». (Más tarde llamó á esos cambios «zambullidas»..., y se zambullía á menudo.) Anunciábame en esa carta que se

iba al Cáucaso, á «proteger con su pecho» al *tsar* y á la patria, en calidad de alférez de caballería. Cierta tía suya se interesó por su situación, y le envió una pequeña cantidad; pero me pedía que sin pérdida de momento le ayudase, no obstante, para su equipo. Accedí á sus ruegos, y durante dos años otra vez dejé de oír hablar de él.

Entre nosotros, dudaba muchísimo de que se hubiera marchado al Cáucaso. Pero era verdad, y lo supe más adelante: gracias á ciertas protecciones, había ingresado de alférez de caballería en el regimiento de T..., donde estuvo dos años. Contábanse de él una multitud de anécdotas, que me fueron comunicadas por oficiales de su regimiento.

IV

Supe acerca de él muchas cosas que no esperaba, ni aun por parte suya. Comprenderán Vds. que no me sorprendió que, como militar y desde el punto de vista del servicio, se mostrase muy mediano, ó, mejor dicho, inepto en absoluto para todo; lo que me pareció más inesperado fué que no diese pruebas de ninguna gran valentía: durante los combates, su rostro tomaba un aspecto mustio y flojo, una expresión de trastorno y de aburrimiento. Toda disciplina le molestaba y entristecía. No tratándose más que de *él solo*, su temeridad iba hasta la locura; no le hacía retroceder ninguna

apuesta, por insensata que fuese; pero hacer daño á otro, matar, batiarse, le era imposible, ya por bondad de corazón, ya tal vez por la educación entre algodones (como él decía) que había recibido. A cualquier hora, y no importa cómo, estaba pronto á destruirse á sí mismo; pero, ¡tocar á los demás, eso no!

—¡Ni el demonio que le entienda á este mozo!—decían sus camaradas hablando de él.—Es blando como un trapo viejo, y al mismo tiempo tiene una cabeza volcánica; es un verdadero temerario rabioso.

En lo sucesivo, más de una vez tuvo ocasión de preguntarle qué mal espíritu le impulsaba á beber sin medida, á arriesgar su vida sin motivo, y á otras mil cosas así. Siempre tenía idéntica respuesta:

—Depende de la angustia.

—¿Qué angustia? ¿A propósito de qué?

—¿A propósito de qué? Es muy sencillo: se reconcentra uno dentro de sí mismo, se pone uno á pensar en la miseria, en la injusticia y en la Rusia... ¡eso es!, y acomete hondo pesar, y da ganas de saltarse la tapa de los sesos, se pone uno á vivir á salga lo que saliere; ¡eso es más fuerte que uno mismo!

—¿Y qué tiene que ver con todo eso la Rusia?

—¡Ah! ¿En que quieres que uno piense...? Por eso no me gusta pensar, me da miedo.

—Mira; todo eso, tu angustia y lo demás, procede de la holganza.

—¿Y qué quiere V. que haga, mi buen tío, si nada sé hacer? Jugarme la vida á una carta—descargo ó doble—y beber y luego vuelta á be-

ber; ¡eso es cuanto sé! Pero enséñeme V. mismo lo que debo hacer, en qué puedo arriesgar mi vida, ¡y lo haré en seguida, al momento!

—Pero, ¿á propósito de qué arriesgar tu vida? Conténtate con vivir sencillamente.

—¡No puedo! Me echa V. en cara que obro sin discernimiento... ¿Qué quiere V. que yo le haga? En cuanto me pongo á reflexionar, ¡Dios sabe todo lo que se me pasa por la cabeza! Reflexionar... ¡es la tarea de los alemanes!

No había medio de razonar con él. Era un desesperado; eso es todo.

Entre las anécdotas de que hablaba yo poco ha, elegiré dos ó tres.

Un día, en una reunión de oficiales, Micha se puso á elogiar un sable *tcherkés*, que había recibido mediante un cambio.

—Es verdadero acero persa— decía.

Algunos oficiales lo pusieron en duda. Micha empezó á exaltarse.

—Oid—exclamó al fin.—Dicen que, en materia de sables, el más sutil inteligente es Abdul el Tuerto. Voy á ir en su busca, y le pediré su opinión.

—¿Qué Abdul?—dijeron sorprendidos los oficiales.—¿Abdul-Khan, el que vive en las montañas, el que no se ha sometido?

—El mismo.

—¡El! Te tomará por un espía, y te hará sepultar vivo, á menos que no te corte la cabeza con tu mismo sable. ¿Y cómo te las arreglarás para llegar hasta su presencia? Antes te acuchillarán.

—Todo lo que queráis, ¡pero iré!

—¡Apuesto á que no!

—¡Apuesto á que sí!

Sin esperar un minuto más, Micha hizo ensillar un caballo y partió.

Transcurrieron tres días. Todo el mundo estaba persuadido de que ese pobre desesperado había ido en busca de la muerte; cuando de pronto reapareció, no muy calamocano, con otro sable diferente del que llevó. Abrumáronle á preguntas.

—Todo ha ido como una seda—contestó. — Abdul es una buena persona. Verdad es que de buenas á primeras mandó que me pusieran grillos en los piés, y se disponía á hacerme empalar. Pero le expliqué por qué había ido, y le enseñé mi sable. «No valgo la pena de que se me guarde en rehenes—le dije;—no cuentas con mi rescate; no ten-

go ni un *copeck*, ni tampoco familia.»

Abdul pareció un poco sorprendido, y me miró con su único ojo. ¿Entonces, *nrís* eres un *delibach* (1)? ¿Debo creerte? «Créeme—le respondí únicamente.» (Y, en efecto, Micha jamás mentía.) Abdul me examino de nuevo. —¿Sabes beber? —me dijo. —Sí, dame cuanto quieras, y me lo beberé todo.

Abdul pareció aún más sorprendido, y masculló el nombre de Alah. Ordenó á su hija—debía ser su hija una niña bastante bonita, pero con ojos de chacal—que me trajese una bota. Y comencé á manifestar lo que sabía hacer.

—Tu sable es falso—me dijo.—

(1) Pronunciación turca de las palabras *Rus* (Ruso) y *bachi-bozuk* (calavera, tronera, perdido).

Toma, aquí tienes uno verdadero; llévatelo. Y ahora, somos hermanos.

—Señores, han perdido Vds. la apuesta. ¡A pagar tocan!

He aquí la segunda anécdota: Micha adoraba los naipes; pero como nunca tenía dinero y no pagaba las deudas de juego, nadie quería jugar con él. Un día se puso á incitar á uno de sus camaradas.

—¡Juega conmigo, te lo suplico; juguemos!

—Pero, si pierdes, no me pagarás.

—No te daré dinero, pero me pegaré un pistoletazo en la mano izquierda. Mira, con esta pistola.

—¿Y cuánto iré ganando yo con eso?

—No ganarás absolutamente nada, mas no dejará de ser curioso.

Esta conversación pasó en presencia de varios testigos, después de una pequeña francachela. ¿Pensó el oficial que, en efecto, aquello sería curioso? Sea lo que fuere, el hecho es que aceptó. Trajeron barajas, y comenzóse la partida. Micha estaba de vena; ganó cien rublos.

De pronto, su adversario se golpeó la frente, exclamando:

—¡Qué imbécil soy! ¡Con qué anzuelo me he dejado pescar! ¡Si hubieras perdido, en tu vida te hubieses pegado un pistoletazo; no serías tan bruto!

—¡Ah! ¿Eso crees?—replicó Micha.—Bien, he ganado; no obstante, vas á verlo.

Agarró la pistola, y... ¡paf! La disparó contra su mano izquierda, atravesándose de un balazo. Ocho días después, ni siquiera la señal.

Otra vez, seguía Micha con sus camaradas durante la noche un camino al borde de un precipicio estrecho como una grieta, y cuyo fondo no se veía.

—Reparad— dijo uno de los oficiales.—Por más que Micha se las echa de desesperado, no saltará ahí dentro.

—¡Saltaré!

—¡No, no saltarás! Ese agujero puede tener... ¿quién sabe? Sesenta piés de profundidad, y puede uno desnucarse.

El amigo sabía muy bien por donde cogerle: por el amor propio. En Micha estaba muy desarrollado este sentimiento.

—Saltaré á despecho de todo. ¿Qué te apuestas? ¡Diez rublos!

—¡Van apostados!

Apenas acabó de pronunciar estas

palabras el oficial, cuando Micha se arrojó al precipicio. Oyóse rodar, arrastrando tras sí los guijarros. Todo el mundo quedóse petrificado. Transcurrió un buen rato; luego se oyó la voz de Micha, que parecía salir de debajo de tierra.

—¡No me he roto nada! He caído sobre arena. Pero ha sido largo. Me debes diez rublos.

—¡Sube!—le gritaron sus camaradas.

—¡Si, sube!—respondió Micha.—¡Habláis de eso fácilmente! ¡Id en busca de cuerdas y linternas! Mientras tanto, para no aburrirme, echadme una calabaza...

Micha estuvo cinco horas en el fondo del precipicio. Cuando lo sacaron de allí, vieron que tenía dislocado un hombro. Pero no se le dió un ardite. Al siguiente día, un albéi-

tar, que era también curandero, le puso el hombro en su sitio, y se quedó como si nada le hubiese ocurrido.

En general, su salud era de una solidez sorprendente, inaudita. Ya he dicho á Vds. que hasta la muerte conservó su rostro una frescura casi infantil. Nunca estuvo enfermo, á pesar de las privaciones que había sufrido. Con lo que cualquiera otro hubiera caído gravemente enfermo si no se hubiera muerto, Micha se sacudía sencillamente como un pato en el agua, y prosperaba más que nunca.

Una vez, también en el Cáucaso—convengo en que esta anécdota parece poco creíble, pero á lo menos indica de qué se le creía capaz á Micha—estando borracho se dejó caer con el tronco y las piernas dentro de un arroyo, con la cabeza

y los brazos en la orilla. Era en invierno, helaba de firme; cuando á la mañana siguiente lo encontraron, las piernas y el vientre no se le veían ya sino á través de una capa de hielo que se había formado durante la noche. Pues bien; ¡ni siquiera tuvo un romadizo!

Otra vez—ya no era en el Cáucaso, sino en Rusia, cerca de Orel, y también durante una gran helada—encontróse en un figón, extramuros de la ciudad, en compañía de siete jóvenes seminaristas. Aquellos jóvenes festejaban su examen de reválida, y habían invitado á Micha en calidad de hombre «que tenía alientos», como se decía entonces. Las libaciones fueron extremadamente copiosas, y cuando la alegre compañía disponíase á regresar, Micha estaba borracho, co-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

34920

mo una cuba. Los seminaristas no tenían más vehículos que trineos de respaldo muy alto, tirados por tres caballos. ¿Dónde colocar aquel cuerpo inerte?

Entonces uno de los jóvenes, inspirándose en uno de sus recuerdos clásicos, propuso atar á Micha por los piés á la trasera de un trineo, como Héctor al carro de Aquiles. Aprobóse la proposición..., y puesto Micha con los piés en el aire y la cabeza en la nieve, ya volando por encima de las hondonadas, ya deslizándose de costado sobre las pendientes oblicuas, recorrió de espaldas las dos *verstas* que separaban el mesón de la ciudad, y no sólo no se acatarró, sino que ni siquiera hizo un gesto. He aquí cual era la constitución con que la naturaleza le había favorecido.

V

A su regreso del Cáusaso, reapareció en Moscu con vestimenta *tcherkesa*, la canana de cartuchos en bandolera, puñal al cinto y alto gorro de pieles á la cabeza. Llevó este traje hasta el fin de su vida, aunque ya no estaba en el servicio militar: habíanle obligado á presentar la dimisión por faltar á la lista. Iba de vez en cuando á verme, y me pedía prestado un poco de dinero... Entonces comenzaron sus zambullidas, el pasar por diversas pruebas, ó, como él decía, por «los siete Simeones», sus escabullidas y sus retornos repentinos; entonces empezó el diluvio de sus caligráfi-